
Jaime Urrutia

RELACIONES LABORALES Y SOCIEDAD RURAL · HUAMANGA Y HUANTA

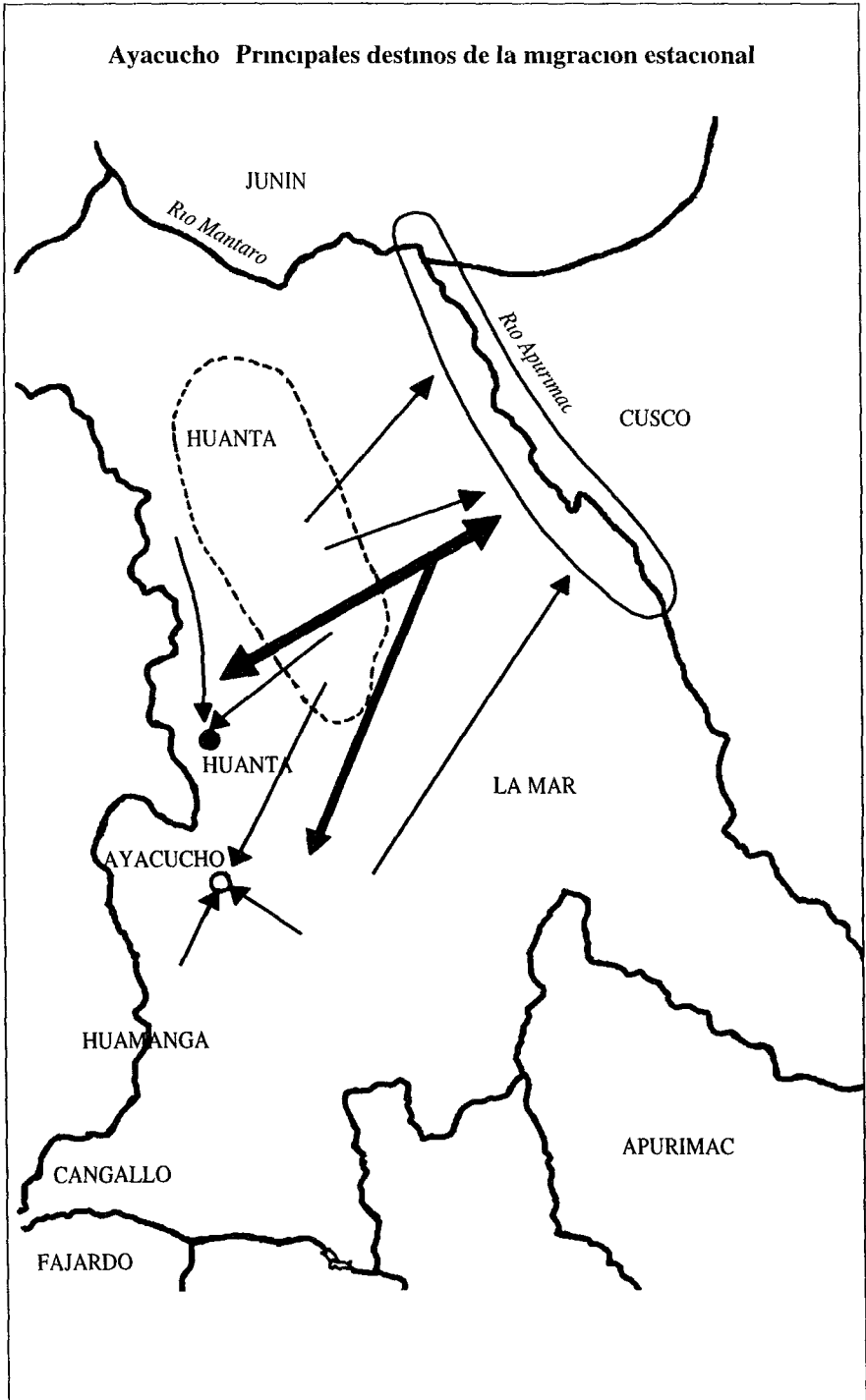
La guerra devastó el departamento de Ayacucho por más de una década, sobre todo desde 1982. Las provincias norteñas –Huanta, La Mar, Huamanga– fueron las más golpeadas y allí se produjeron, proporcionalmente, la mayor cantidad de muertos y desaparecidos de todo el territorio nacional en la nefasta década y media de enfrentamientos y atentados cotidianos. Según cálculos hechos por Degregori, si el ritmo de violencia de Huanta hubiera sido el mismo para el país, no lamentaríamos 20 000 muertos sino 800 000¹.

La partida obligada de familias o el desplazamiento defensivo de comunidades enteras trajo como consecuencia directa el abandono de una parte del área agrícola ayacuchana que quedó convertida, a la fuerza, en territorio de tierras en descanso o pastizales.

Como consecuencia evidente, en el periodo intercensal 1981-1993 Ayacucho fue el único departamento del país cuya población, en términos absolutos, descendió. La insania de Sendero y la respuesta brutal del Ejército entre 1982 y 1989 generaron procesos inéditos pero también aceleraron algunos otros que estaban ya en curso en la sociedad rural, como el de la migración.

Los principales procesos ocurridos en la sociedad ayacuchana en la última década son la violencia, la migración y la producción cocalera, los tres signaron las particularidades del norte ayacuchano. En efecto, al desplazamiento obligado de miles de campesinos se debe añadir el aumento espectacular del cultivo de coca en la zona del Río Apurímac, a falta de estadísticas más precisas, algunos estiman que este aumento significa tres veces el área cultivada en relación con la existente a fines de la década pasada. Amplias zonas semiabandonadas, sobre todo los territorios pasto-

1 DEGREGORI Carlos Ivan, Jose CORONEL Ponciano DEL PINO y Orin STARN *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso* Lima ILP, 1996.



riles de las punas, contrastan con la reocupación de la tierra agrícola en la selva y algunas otras zonas donde la organización de autodefensa ha expulsado a las columnas senderistas. Cuarenta y ocho por ciento de jefes de UA departamentales declararon en el último CENAGRO pertenecer a algún tipo de organización en Ayacucho, lo cual representa el mayor porcentaje nacional. De ellos, 59% pertenecía a Comités de Defensa Civil, más conocidos como rondas campesinas. Hace quince años la principal y casi única afiliación existente en el departamento era la de la institución comunal.

En ese contexto de violencia, ¿cuáles han sido en Ayacucho las principales modificaciones de las relaciones laborales y del reducido mercado de trabajo asalariado agrícola?

Nuestro artículo pretende destacar las tendencias y los comportamientos que los miles de muertos y desplazados han generado en la sociedad regional, sobre todo en las relaciones laborales.

En otro artículo dedicado al estudio de algunas provincias del departamento de Cajamarca hemos descrito «un mercado de trabajo fundamentalmente eventual, sin especialización, irregular, de salarios muy dispares, con oportunidades de difícil predicción, inestable y prácticamente al margen de cualquier legislación existente»². Si es así en un departamento con mercantilización de más vieja data en su componente rural como es el caso de Cajamarca, podríamos señalar aún más las mismas características para el departamento de Ayacucho, componente central de la llamada «mancha india» –junto con Huancavelica y Apurímac–, es decir, la región de mayor atraso y pobreza en todo el país.

Pero nuestra hipótesis es que la guerra aceleró en Ayacucho el proceso de vinculación creciente de la sociedad rural y las economías campesinas a la economía y sociedad nacionales. Urbanización, monetarización, migración, «cocalización» han tenido especial dinámica en la región, generando instituciones ahora expandidas –como los Comités de Defensa Civil– en el marco ideológico de un recambio de valores y comportamientos.

Para describir esos procesos, hemos escogido las dos provincias más afectadas por la guerra: Huamanga y Huanta. Por limitaciones institucionales, descartamos la provincia de La Mar, inicialmente considerada en nuestra propuesta, ésta ha sido sustituida por el área del Río Apurímac, la principal zona cocalera de la región.

UN DEPARTAMENTO MACROCÉFALO

El proceso de urbanización de la sociedad rural ayacuchana, que tuvo mucho de compulsivo en los años de guerra, es uno de los más claros indicadores de la descampesinización acelerada por la guerra. En realidad, la guerra aceleró un proceso de emigración que tiene larga data y que se refleja en las magras cifras de crecimiento (ver cuadro 1).

2 URRUTIA Jaime «Relaciones laborales, empleo agrícola y sociedad rural en Cajamarca», *Debate Agrario* n° 24 Lima CEPES 1996.

Cuadro 1
Poblacion departamental y tasa de crecimiento

	Pob depart	Tasa de crecimiento (%)
1940	414,2	
1961	430,2	0,2
1972	479,4	1,0
1981	523,8	1,0
1993	512,4	-0,3

Tasa de crecimiento intercensal por provincias		
Provincia	1981	1993
Cangallo	-0,16	-0,84
Huamanga	3,09	2,27
Huancasancos	-0,71	
Huanta	1,19	-1,59
La Mar	1,69	-0,88
Lucanas	-0,57	-1,01
Parinacochas	-0,44	-0,88
Páucar	-0,71	
Sucre	-1,37	
V Fajardo	-0,26	-2,42

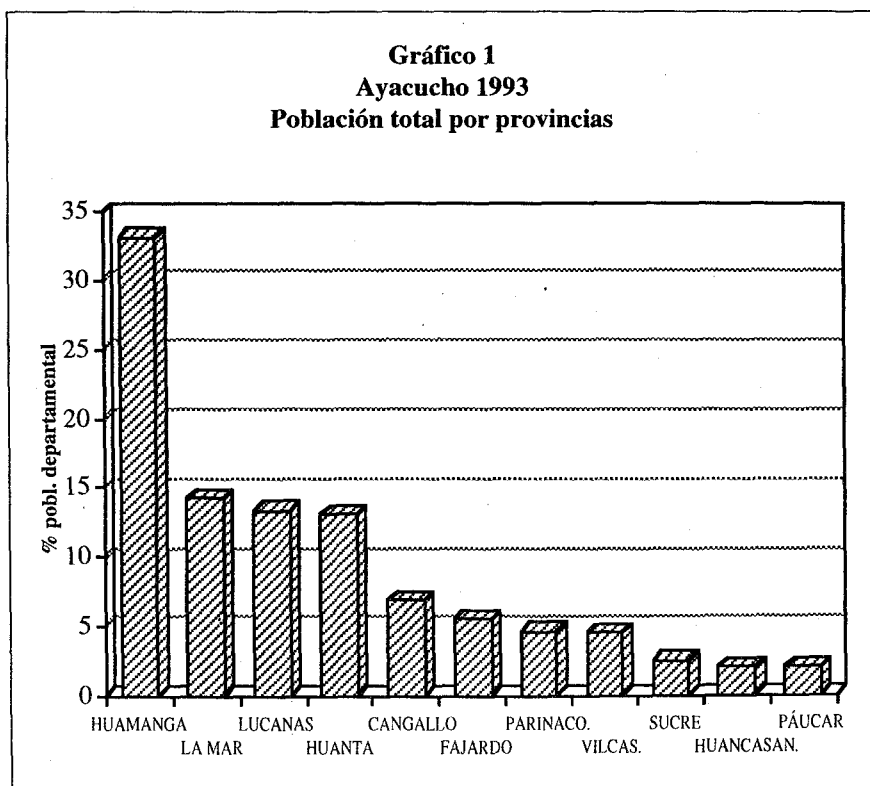
Mientras el campo se ha despoblado, Huamanga ha crecido hasta albergar una tercera parte de la población departamental de 72 000 habitantes registrados en 1981, Huamanga tiene ahora cerca de 115 000. Es decir, en diez años de guerra la capital departamental ha aumentado su población en más del 50%. El centralismo se reproduce, al igual que en el resto del país, pues la provincia de Huamanga concentra el 33% de la población departamental, y si agregamos Huanta y La Mar, estas tres provincias del norte representan 60% del total departamental. En el otro extremo, Páucar del Sara Sara, Huancasancos y Sucre apenas suman 7% de la población total del departamento (ver cuadro 2)

Tal como sucede en otras ciudades de la sierra peruana, muchos de los migrantes a Huamanga continúan trabajando periódicamente sus parcelas en comunidades y pueblos de origen, pero la estrategia familiar es ahora lograr ingresos urbanos, que se complementan con la producción agropecuaria de sustento alimentario

Cuadro 2
Ayacucho 1993
Población total por provincias

	Total	Depart.
Huamanga	163 197	33,14
La Mar	70 018	14,22
Lucanas	65 830	13,37
Huanta	64 503	13,10
Cangallo	33 833	6,87
V. Fajardo	27 079	5,50
Parinacochas	22 769	4,62
Vilcashuamán	22 302	4,53
Sucre	12 623	2,56
Huancasancos	10 213	2,07
Páucar	10 140	2,06

Gráfico 1
Ayacucho 1993
Población total por provincias

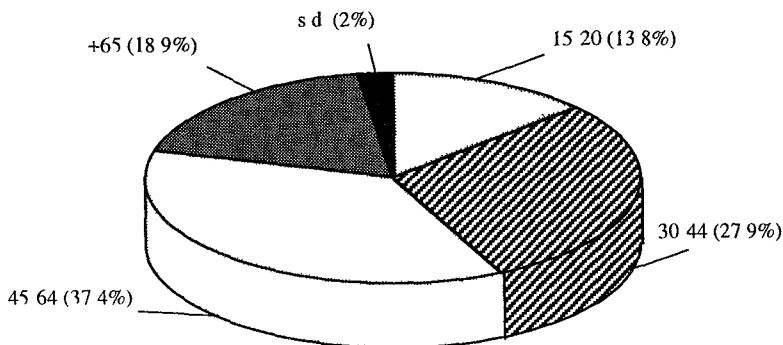


El proceso de urbanización, que origina otro proceso de solicitudes de distritalización, tiene su contraparte en la sociedad rural no solo en el despoblamiento de amplias zonas sino también en el relativo «envejecimiento» de los agricultores. Al respecto, algunas cifras del CENAGRO nos parecen relevantes: 36% de los responsables de UA tienen entre 45 y 64 años de edad y detentan el 42% de la superficie declarada total, mientras que 40% de jefes de UA que tienen entre 15 y 44 años poseen 35% del espacio regional agrícola (ver cuadro 3)

Cuadro 3
Productores por grupos de edad

	Total	15-29	30-44	45-64	+65	No esp
Producto	87 862	12 092	24 526	32 849	16 628	1 767
	100,0	13,8	27,9	37,4	18,9	2,0
Superficie	484 178	49 712	119 043	206 814	102 237	6 371
	100,0	10,3	24,6	42,7	21,1	1,3
Hombres	83 155	10 072	18 925	22 558	10 279	1 321
71,9	100,0	15,9	30,0	35,7	16,3	2,1
Superficie	367 413	41 739	95 329	153 003	72 429	4 913
75,9	100,0	11,4	25,9	41,6	19,7	1,3
Mujeres	24 707	2 020	5 601	10 291	6 349	446
28,1	100,0	8,2	22,7	41,7	25,7	1,8
Superficie	116 764	7 973	23 715	53 810	29 808	1 458
24,1	100,0	6,8	20,3	46,1	25,5	1,2

Gráfico 2
Ayacucho
Productores por grupos de edad



Junto a este «envejecimiento» de la población rural propietaria destaca el manejo de una o dos parcelas, que representan 29,2% y 20% de las UA informantes del CENAGRO, y corresponden al 65% del territorio departamental declarado por un total de 88 641 UA censadas (ver cuadro 4). Estos datos nos muestran las limitaciones de los jefes de familia más jóvenes para acceder a recursos, razón por la cual deben realizar otras actividades para completar los ingresos requeridos en el sostenimiento de sus familias.

Un reciente estudio sobre el empleo en la ciudad de Ayacucho señala la carencia de 10 000 puestos de trabajo para cubrir los ingresos mínimos de las familias residentes en la ciudad³.

Cuadro 4
Parcelas por UA

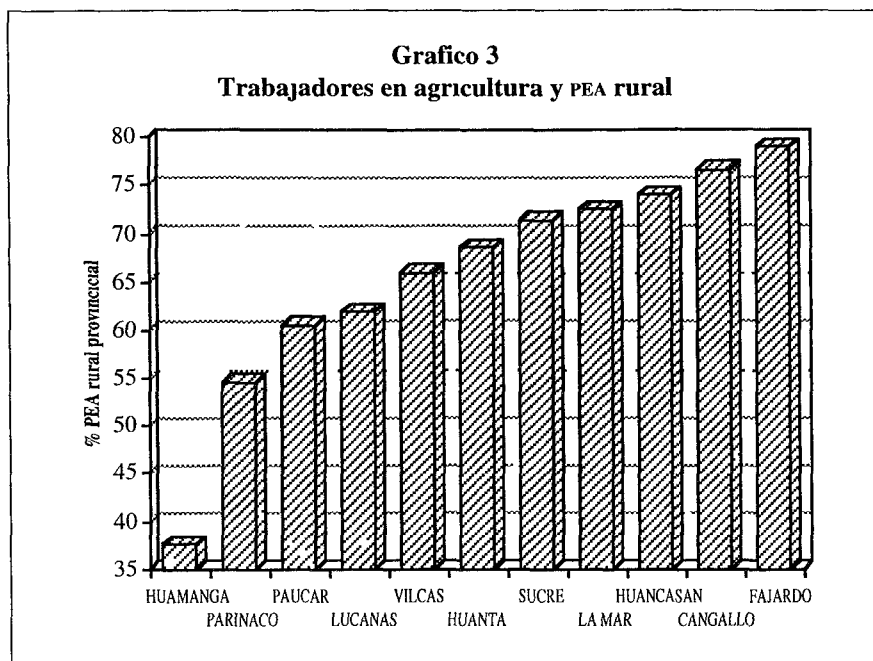
Total	1	2	3	4	5	6 10	11 15	+16
86 413	25 231	17 267	11 832	9 465	6 232	13 491	2 186	709
100,0	29,2	20,0	13,7	11,0	7,2	15,6	2,5	0,8
1 734 900	967 398	163 445	89 249	128 234	66 734	198 099	57 388	64 351
100,0	55,8	9,4	5,1	7,4	3,8	11,4	3,3	3,7
295 787	25 231	34 534	35 496	37 860	31 160	90 839	26 800	13 867
100,0	8,5	11,7	12,0	12,8	10,5	30,7	9,1	4,7

Una característica fundamental de la PEA ayacuchana es la importancia del trabajo independiente, mayor mientras más rural es la población provincial. Así, más del 60% de la PEA de Huancasancos y Cangallo está en esta categoría, mientras que en el caso de Páucar y Huamanga este porcentaje es del 43% (ver cuadro 5).

Cuadro 5
Trabajadores en agricultura y PEA rural

	TI		TFNR		Obrero		Empleado	
	1972	1995	1972	1995	1972	1995	1972	1995
Huamanga	75,5	69,8	21,0	20,9	2,7	8,0	1,3	0,8
Can /Vil	80,6	70,9	15,8	15,2	1,6	13,7	0,2	2,1
Huanta	69,2	66,6	23,8	20,8	5,7	12,3	0,2	1,3
La Mar	69,1	56,3	17,0	18,5	12,5	25,1	0,1	1,4
Luc /Suc	77,5	65,1	13,9	18,4	5,5	16,0	0,4	3,0
Pari /Pali	82,0	49,4	10,9	18,8	5,4	31,4	0,4	1,7
Faj /Huan	66,8	61,3	18,4	21,9	7,8	16,5	0,3	7,0
% total	73,4	63,7	18,3	19,2	6,2	16,7	0,4	2,0
Total	65 289	42 031	16 291	12 671	5 508	11 036	289	1 803

3 CABALLERO Víctor y otros *Cambios en la sociedad rural de Ayacucho. Comunidad y familias campesinas en las provincias de Huamanga Huanta y La Mar*. Ayacucho IER Jose Maria Arguedas 1996



LA PROVINCIA DE HUAMANGA

Salvo algunas zonas horticultoras (Chacco, Viñaca) expandidas gracias al mercado urbano inmediato de Huamanga, la mayor parte del espacio provincial de la ciudad es ocupada por la economía campesina, en la cual las formas de trabajo «tradicionales» son aún fundamentales. El intercambio de trabajo y las redes que lo sostienen explican su persistencia en la limitación de recursos disponibles por las familias. La extensión total promedio de las parcelas manejadas por las familias no supera las 2 hectáreas.

Cuando el trabajo rebasa el marco familiar, las formas culturales vigentes permiten la activación de redes de intercambio, institucionalizadas en el comportamiento grupal.

Algunas equivalencias recogidas en las comunidades pueden ilustrar este tipo tradicional de relación e intercambio de trabajo.

Entrega	Recibe	Relación
1 yunta por un día	2 peones («realitos»)	Prima
1 yunta por un día	3 peones	Sobriño
1 yunta por un día	3 peones	Vecino
1 yunta por un día	2 días de trabajo en la cocina en cosecha	
1 yunta por dos días	4 peones	Vecino

Cuando la necesidad de mano de obra excede la capacidad de la familia y su red de intercambio laboral, se convoca abiertamente a *munkas* donde el trabajo se cancela con productos

La racionalidad del campesino, subyacente en estas modalidades, incluye una suerte de «estadística mental» de deudas y cobros de trabajo, fundamental para su supervivencia y posible gracias a la organización interfamiliar. Pero esta misma racionalidad combina ciclos distintos y trabajo intercambiado, con ingresos en productos o salario, obtenidos generalmente fuera de la comunidad

Las limitaciones en recursos y el sistema familiar de producción en varias parcelas con cultivos múltiples asociados limitan la cantidad de jornales remunerados en la provincia de Huamanga, aunque los testimonios recogidos coinciden en afirmar que el pago por jornada agrícola es menos raro que hace unas décadas. La cercanía a la ciudad de Ayacucho y la comunicación fluida con la selva del Río Apurímac completan, con su oferta salarial, esta agricultura campesina. Carentes de todo tipo de estadística, no podemos medir el proceso de expansión del salario, pero sí es posible señalar su relación con la ampliación de la tierra cultivada por algunos comuneros que aprovechan —como veremos en el trabajo al partir— el retro forzado de otros jefes de familia. Un esquema evolutivo del trabajo en el campo indicaría las variaciones entre trabajo familiar-intercambio de trabajo-trabajo por productos-trabajo por salario. Evidentemente, esta graduación ideal oculta las múltiples combinaciones de trabajo que la realidad presenta en este espacio de economía campesina, periférico a una ciudad como Ayacucho, y cercano al área cocalera donde el dinero es la base de las relaciones laborales

Las pocas haciendas que habían sobrevivido a un largo proceso de fragmentación y compra-venta desaparecieron en la provincia con la reforma agraria, y todas las cooperativas que se crearon en esas tierras afectadas a inicios de la década de 1970 son ahora comunidades campesinas reconocidas o en trámite de serlo. Los campesinos y las comunidades ampliaron así sus recursos. El proceso de diferenciación, paralelo a la desaparición progresiva de las haciendas, generó una capa de campesinos con mejores recursos, precisamente los blancos centrales de la acción de Sendero y los primeros en emigrar fuera de la comunidad

Quienes contratan jornaleros disponen entonces de extensiones de tierra que superan la capacidad del trabajo familiar. Nuevamente encontramos que el cultivo de papa condensa mayor cantidad de jornales que ningún otro, mientras que el maíz, el cultivo más extendido en los valles, se sujeta casi totalmente a las formas tradicionales de trabajo familiar e intercambio de trabajo. En las tierras más altas, la papa ha variado parcialmente su destino de trueque —práctica extendida hace algunas décadas— por la venta comercial, gracias a la demanda de la ciudad de Ayacucho

Otra consecuencia de la violencia es la oferta de mano de obra infantil y juvenil para tareas agrícolas. En el lenguaje regional, al reciente uso de

«montonero», «tiracha», «tutaqpuriq» (el que camina de noche), «hechizo», «terruco», «yanauma» (cabeza negra), se suma el de «realitos» para designar a los niños trabajadores, muchos de ellos huérfanos parciales o totales, cuyas labores apenas valen unos reales

Cuadro 6
Algunos jornales agrícolas en la provincia de Huamanga

Un jornal	por	11 kilos de papa
Capillapata	S/ 1	con alimento (desayuno y almuerzo)
	S/ 2	sin alimento (con coca y herramientas)
Huaychao	S/ 2	con alimento
	S/ 3	sin alimento (con coca y herramientas)
Muyurina	S/ 2	con coca y comida al mediodía
«Realitos»	S/ 2	sin comida ni coca

Los salarios que registramos a inicios de 1993 (US\$ 1 = S/ 1,70 en enero de 1993) son, como vemos, inferiores al promedio de Cajamarca e incluso inferiores a los de la vecina provincia de Huanta y, por supuesto, a los existentes en el Río Apurímac. En realidad, la estrategia familiar campesina considera central la obtención de ingresos monetarios fuera de la comunidad, sea en la ciudad, sea en áreas de cultivo mercantil, especialmente la cocalera.

Los proyectos de emergencia o, en general, las obras de infraestructura financiadas por el Estado o por organismos privados, han incidido –tal como vimos también en las provincias de Cajamarca– en el aumento de una «conciencia salarial» que eleva los salarios rurales indirectamente.

LA PROVINCIA DE HUANTA

En la feria dominical de la ciudad de Huanta, miles de personas residentes en la ciudad o venidas de los «pagos» de los alrededores expresan el dinamismo económico de la provincia y también las sorprendentes convivencias de lo «tradicional» con lo «moderno» en un sector de la feria y en la misma calle donde las transacciones se hacen por trueque, los cambistas de dólares son ahora numerosos.

La provincia de Huanta –posiblemente la única provincia del país donde se habla de «pagos» para zonificar el espacio– presenta cuatro realidades socioeconómicas bien definidas, y articuladas entre ellas con características particulares

- el valle bajo
- las laderas orientales del valle
- las punas
- la yunga del Río Apurímac

El territorio del valle combinaba, hasta la década de 1960, algunas haciendas importantes (fragmentadas luego a raíz de la reforma agraria) con una significativa presencia de agricultores parcelarios. Maíz y frutales son los cultivos más usuales.

Huanta era la ciudad de residencia de pequeños y medianos agricultores, una buena proporción de los cuales colonizó en la segunda mitad de este siglo amplias áreas de la selva del Apurímac. Los distritos más antiguos de Huanta abarcaban desde el valle mismo hasta la yunga del Apurímac. El territorio de laderas es una continuación del valle, pero en él las haciendas tuvieron mucho menos importancia.

El territorio de las punas reunía a grandes latifundios con decenas de comunidades campesinas casi exclusivamente monolingües quechuas. El habitante del valle –agricultor «quechua runa» o habitante de la ciudad de Huanta– considera despectivamente a estos habitantes de las punas, pastores/agricultores, como «hombre de altura», «sallqa runa».

La reforma agraria (que, a diferencia de la provincia de Huamanga, sí afectó algunas haciendas rentables en este valle de mejores recursos) modificó el paisaje de tenencia de tierra. Luego la guerra alteró completamente la sociedad rural provincial, donde se registra el mayor índice de muertes por violencia de todo el país. Las punas literalmente se vaciaron de habitantes y los miles de desplazados modificaron la dinámica del valle y la ciudad de Huanta. La pregunta que se plantea inmediatamente es ¿por qué Sendero se ha ensañado con tanta crueldad con los habitantes de las punas de Huanta si hasta hace dos décadas los consideraba «base fundamental de la revolución en su condición de campesinos pobres feudalizados»? No pretendemos responder aquí a tal interrogante, pero la actitud vertical de SL (cual gamonal de «nuevo cuño») ante estos «sallqa runa» explica parcialmente por qué algunas escuelas de comunidades de las alturas han sido incendiadas hasta ¡doce veces!⁴

Mientras que Sendero fue extremadamente cruel en las comunidades de puna, la Marina fue igualmente despiadada con la población campesina del valle, pequeños propietarios que debieron partir hacia Huanta o fuera de la provincia. El estadio de Huanta y las fosas comunes son símbolos macabros de la torpe estrategia militar en el valle, mientras que el asesinato de periodistas en Uchuraqay sólo se explica por la guerra de las comunidades de puna contra Sendero.

En la selva del Río Apurímac, y luego en el valle de Huanta, los Comités de Defensa Civil de la provincia fueron los primeros en crearse de manera autónoma.

4 Ningun lector puede dejar de indignarse ante las bestialidades cometidas contra los habitantes de la puna huantina resumidas en el importante trabajo de Jose Coronel publicado en DEGREGORI C.I. y otros *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso* ob. cit.

La dimensión de la migración intraprovincial, especialmente la emigración de las punas, se aprecia en el cuadro 7

Cuadro 7
Censo de desplazados en Huanta, enero de 1993

Comunidad de origen	Familias
Uchuraqay	65
Iquicha	68
Orqowasi	44
Incaraqay	20
Anco-Chiquintirca	16
Ñahuinpuquio	16
Pampalca	20
San Juan de Pongora	60
Pallqa	35
Carwaq en Chaka	80
Carwaq en Huanta	34
Chaka	90
Llaqwas	51
Cunya	131
Nueva Jerusalem	130
Sañoc	37
San Luis	32
Taqre	8
Tucasquesera	21
Aqosqa	20
Marcaraqay	71
Total	1 103

Fuente CEPRODEC

El desplazamiento masivo puede resumir tres estrategias de huida

1 partir a la ciudad de Huanta y su valle inmediato, como hicieron las 5 000 personas del cuadro 7 (y otros miles que han elegido Huamanga y la selva como lugar de residencia),

2 salir de la comunidad hacia lugares donde existía un cuartel que sirviera de sombrilla protectora para el refugio de otra porción importante de campesinos desplazados de las punas (los ejemplos más notorios son Chaka, Qarhuauran, Secce),

3 trasladar las viviendas de la comunidad a un lugar más seguro, manteniendo la unidad del grupo, ejemplificada por Culluchaka, comunidad que se ha «mudado» mas abajo y más cerca de Huanta. Los habitantes

de Huanta expresan de muchas maneras su desagrado ante esta invasión venida de las alturas

Al igual que en la ciudad de Huamanga, el paisaje urbano huantino es ahora diferente, con una suerte de cinturón de viviendas precarias inexistente antes de la guerra, y un verdadero ejército de trabajadores recién venidos que satura las posibilidades de asalariamiento agrícola y se incorpora de diferente manera a la estructura productiva del valle y, por supuesto, a la vida urbana

Además de la institución comunal (447 comunidades campesinas en el departamento controlan 71% de la superficie declarada por las unidades agropecuarias en el CENAGRO), antes de 1980 la organización rural provincial casi se resumía en dos organizaciones fundamentales la Asociación de Regantes del Valle de Huanta y la Federación de Campesinos del Valle del Río Apurímac. Esta última fue liquidada por la guerra, luego del asesinato de su secretario general y las acciones de Sendero y el Ejército, por su parte, la asociación de regantes de Huanta languidece hoy tras el sueño de canalización de las aguas del nevado Rasuhuilca, proyecto avanzado en mínimas proporciones. En la selva y en el valle de Huanta, fueron las rondas las que impusieron su presencia derrotando a Sendero. En un inicio el Ejército desconfió profundamente de esta nueva organización campesina, pero hoy todos los campesinos participan, con mayor o menor entusiasmo, en los Comités de Defensa Civil: su trabajo cotidiano, sus desplazamientos, sus visitas familiares, sus fiestas, deben contar con la supervisión de los «comandos» de cada base, responsables del cumplimiento de las medidas de seguridad.

Este sistema de autodefensa campesina está asociado, la mayoría de veces, a núcleos poblacionales nuevos donde los campesinos desplazados se han agrupado, generando un verdadero proceso de urbanización. Un buen ejemplo es Huancayoc, muy cerca de la ciudad de Huanta, impresionante nueva aldea fortificada nacida de la violencia, con sus calles y lotes de vivienda trazados ordenadamente. Hoy, en una fase de posguerra, más de medio centenar de este tipo de poblados están gestionando escuelas (si no la tienen ya), agua, luz, carretera. En los próximos años, y dependiendo del curso de la guerra, muchas de estas bases serán seguramente abandonadas pero otras se consolidarán como verdaderos pueblos.

Quienes no se quedaron en sus chacras ni participaron desde el inicio en la formación de rondas enfrentan hoy, en algunos casos, dificultades para retomar sus propiedades. Las entregas de tierras de Sendero y luego la redistribución de Defensa Civil adquirieron dimensiones significativas por la partida de los propietarios originales y luego por la contraofensiva de los ronderos. Lo que llama la atención, sin embargo, es que la presión por la tierra en el valle no se corresponde con la magnitud de los campesinos desplazados. Y el trabajo asalariado en la ciudad de Huanta y en la selva es

mas importante en la estrategia de las familias campesinas que la posesión de propiedades en el valle

En resumen, la movilidad espacial, las nuevas concentraciones habitacionales y las rondas campesinas han modificado profundamente la sociedad rural huantina

LA ZONA COCALERA

Huanta y Huamanga no pueden explicarse cabalmente sin la producción de la selva del Río Apurímac, vinculada al valle y la ciudad de Huanta desde épocas coloniales. Campesinos y agricultores de pueblos como Luricocha, Macachacra, Espíritu Santo, etcétera, en pleno valle de Huanta, viven cíclicamente entre los dos espacios, sea como propietarios, sea como peones, sea como arrendatarios

El Río Apurímac, al igual que todas las zonas cocaleras del país, es el principal espacio de jornales asalariados en condiciones inexistentes en la sierra. La captación de mano de obra en la selva aumentó conforme la producción de coca se amplió y desplazó a los cultivos tradicionales de exportación (café, cacao, ajonjolí, kube), cuyos precios se derrumbaron. La producción de coca alcanzó tal envergadura que existía incluso una feria de PBC, en Palmapampa, donde los acopiadores-compradores negociaban al aire libre precio y calidad de la «cachipa» (molde de PBC) con los campesinos productores

La presión ejercida en el Huallaga contra el tráfico de PBC asociado al proyecto senderista, desplazó parcialmente a los compradores internacionales hacia el Apurímac, donde los productores optaron por aliarse, a través de rondas, con los militares y el Estado

Cuando se masificó la colonización espontánea de la selva desde finales de la década de 1950, los trabajadores huantinos se desplazaban siguiendo patrones tradicionales de enganche o de intercambio de trabajo por tierra, hoy, la oferta libre de trabajo está generalizada y las relaciones establecidas entre propietarios y peones, sobre todo en la producción cocalera, se basan en las reglas del mercado. Sin embargo, las formas tradicionales y el contrato libre de trabajo no son necesariamente excluyentes

El más alto porcentaje de obreros en la PEA departamental rural se encuentra en la zona de Río Apurímac que pertenece a las provincias de La Mar y Huanta, con un incremento importante en el periodo intercensal. En 1972, 12,5% de la PEA de esta zona eran obreros, casi todos en la agricultura. Este porcentaje saltó hasta 25,1% según el último CENAGRO (ver cuadro 5)

Los costos y riesgos de habilitar tierras nuevas, así como la presión de la organización en Defensa Civil, limitan la ampliación de propietarios en el Apurímac

Dos características merecen destacarse en el trabajo de los jornaleros de la selva: en primer lugar, la preferencia por establecer contratados (para

desmonte, deshierbe o habilitación de tierras nuevas) a precio y tiempo fijos para una extensión acordada, en segundo lugar, la mayor demanda de jornales para el «achpiy» (apañe) de coca, que se hace cada tres meses y depende de la siembra hecha en la parcela, de tal manera que «allá (en la selva) no falta trabajo, domingo nomás descansas, más cómodo es ropa, comida, en Huanta es más caro»

La expansión cocalera –y, por consiguiente, el aumento de demanda en jornales así como del monto por jornal– fue el lógico resultado de las ganancias obtenidas frente a otros cultivos, la fruta no tiene salida, y el café y cacao son muy baratos, a inicios de 1993, el kilo de cacao estaba en S/ 0,90, el de maní, a 1,10, el de kube, a 0,60, mientras que la arroba de coca alcanzaba 70 soles en el mercadeo libre en la selva (y S/ 12 en el precio oficial de ENACO) Sólo recientemente el café parece haber recuperado de manera parcial su espacio gracias al aumento del precio internacional y las características de «café ecológico» que muestra el que se produce en la región

La guerra alteró la sociedad y la producción de la selva, pero, paradójicamente, fue visible el aumento del cultivo de coca y, por ende, el aumento de la demanda laboral y la monetarización extendida de las relaciones derivadas. La reciente brusca caída del precio de la coca tiene consecuencias directas, entre las cuales destaca la contracción de los jornales contratados

SALARIO Y REDES PATERNALISTAS EN EL TRABAJO AGRÍCOLA

El asalariamiento es para muchos de los desplazados, sobre todo los campesinos de la puna, una experiencia reciente y, en muchos casos, la única alternativa de supervivencia. Sin olvidar que el trabajo asalariado de la familia campesina combina todas las posibilidades disponibles en el tiempo (intermedios de ciclos productivos) y en el espacio (jornal rural y jornal urbano), presentaremos los tipos de jornales más importantes

- 1 formas tradicionales,
- 2 jornal libre en el valle y la selva,
- 3 jornal urbano,
- 4 trabajo de la mujer,
- 5 formas salariales derivadas de la guerra

En Huanta el proceso de asalariamiento no se contradice con la persistencia de formas tradicionales de reclutamiento laboral agrícola, que caracterizan una relación laboral integrada a redes de parentesco/compadrazgo y teñida de paternalismo. La relación entre los agricultores con residencia urbana y los «sallqa runacuna» (hombres de la puna) se imbricaba de muchas maneras y era parte de la cultura básica regional, poseer tierras en el valle para conseguir peones para la selva era la lógica de muchos pequeños agricultores de Huanta, a la vez colonos en el Apurímac. La relación patrón-cliente permite ampliar, en los momentos de necesidad, el

grupo de jornaleros enganchados en tareas puntuales, como la cosecha o el aporque de maíz

Además de esta relación valle-puna que explica una parte del mercado laboral actual, éste incluye a los pagos del valle que reúnen, en su gran mayoría, pequeños propietarios que también trabajan esporádicamente como peones agrícolas. Las formas tradicionales de intercambio de trabajo son importantes en esta economía campesina, pero fuera de ella los mismos campesinos parceleros de los pagos ofrecen su mano de obra por ciclos muy cortos.

Estas relaciones laborales tradicionales en el valle, que son más que contratos de trabajo y abarcan otras esferas de relaciones entre personas y grupos sociales (trueque, parentesco, tramitación legal, protección, etcétera), resultan hoy en día en la provincia menos importantes que el contrato libre que la guerra y la expansión del cultivo cocalero han incentivado en la región.

Si antes los cultivos principales de cacao y café absorbían gran cantidad de jornales entre marzo y setiembre —coincidentemente con el descanso en las labores agrícolas del valle de Huanta y sus laderas—, la coca amplió la demanda de jornaleros a casi todo el año y en condiciones de mercado libre. La migración tendió a invertir su estacionalidad: ahora se está más tiempo en la selva y menos en las parcelas del valle y las laderas.

De otra parte, la migración estacional tradicional, alterada en los últimos años conforme aumentaba el desplazamiento de miles de campesinos de las punas, debe comprenderse mejor en tiempos de sequía variable importante al momento de cuantificar la mano de obra existente en las zonas agrícolas mercantiles. De las zonas de secano se desplazan hacia las áreas de riego muchos campesinos cuyo ciclo y sistema de producción son alterados profundamente por las condiciones climáticas, tal como sucede en toda la sierra peruana. El jornal prácticamente se reduce entonces, en esos momentos de crisis productiva y sobreoferta de trabajo, al alimento a cambio de una labor. Casi podríamos hablar de una mera estrategia de supervivencia.

El jornal promedio en el valle de Huanta oscilaba entre 3 y 3,50 soles, con almuerzo incluido (a diciembre de 1994, 1 dólar = 2,15 soles). La diferencia con la selva es muy grande, pues un jornalero de coca del Apurímac obtenía en ese entonces entre 5 y 10 soles, incluyendo a veces también alimentos.

Para muchos trabajadores huantinos en la selva la opción más buscada era y sigue siendo la contrata, es decir, una porción de terreno determinada previamente con el propietario para trabajar el deshierbe o desmonte en un tiempo fijado, por un monto de dinero igualmente estipulado y único. El contratista corre con los gastos y busca abaratar costos trabajando con su familia o con un grupo de conocidos. El jornal queda transformado en un pago por armadas al iniciarse y finalizar la contrata.

Si bien en la sierra las posibilidades de encontrar trabajo más permanente en la agricultura son más reducidas que en la selva, en el valle de

Huanta, con la afluencia masiva de migrantes, también se constata el descarte progresivo de las formas tradicionales por otras de acuerdo libre de contratación de trabajadores. Pero el cambio más radical en las formas tradicionales de intercambio y relaciones entre el valle y las punas es el espectacular incremento de los trabajadores urbanos, hasta hace algunos años campesinos con escasa producción mercantil insertos en complejas redes de producción, intercambio y peonaje, tal como vimos más arriba. En Huanta y Huamanga, en Huancayo y, sobre todo, en Lima, los campesinos emigrados buscan establecerse definitivamente obteniendo ingresos monetarios superiores —salvo el caso de la coca— a los que se pueden lograr en cualquier trabajo agrícola.

En lo que respecta al trabajo femenino, el pago es efectuado muchas veces en producto. La mujer, sin embargo, asume la mayoría de veces, en la unidad familiar, la labor de recolección, que en el valle de Huanta tiene peculiar incidencia pues se trata de productos cuya demanda ha aumentado en los últimos años: tuna (de febrero a abril), cochínilla, tara (de junio a agosto) absorben, en sus temporadas de apañe, miles de recolectores, no hay prácticamente ningún jornal de por medio en estas actividades que representan la «alcancía» para el dinero de emergencia de gastos de la familia. Es decir, el ritmo de recolección se acelera o disminuye en relación con el apremio familiar de dinero en efectivo para el colegio, medicinas, productos industriales, etcétera.

De otra parte, la constitución de clubs de madres en cada pago de la provincia, sobre todo en el valle, otorga a los grupos de mujeres un peso organizativo que completa su importancia en la estructura de ingresos familiares.

Para terminar, señalemos el surgimiento de formas salariales prácticamente «de guerra», vinculadas a la organización de los Comités de Defensa Civil. Una noche de ronda en remplazo de otra persona, equivale a un jornal diario en la chacra. Por su parte, los líderes de la organización de defensa son elegidos como «comandos» del grupo y deben dedicarse a tiempo completo a la supervisión de las rondas, para lo cual reciben un pago prorrateado entre todos los miembros del pago.

TRABAJO AL PARTIR, ARRIENDO, ANTICRESIS

No existe dato oficial alguno, pero la simple mirada de chacras en las provincias norteñas ayacuchanas muestra el retroceso en la cantidad de tierras cultivadas, como lógica consecuencia de una década de violencia e inseguridad generalizada. Desde Acosvinchos hasta Socos y de Vinchos a Tambillo, la salida de cientos de familias por la guerra y la crisis ha generado este paisaje. Pero quienes han partido o no pueden ni desean trabajar sus parcelas no intentan, por ahora, desprenderse de la propiedad. Diversas formas de entrega de tierras a otros han aumentado en intensidad. Encargo, trabajo al partir, arriendo y anticresis son las más usuales de estas

transacciones. Así como la violencia aceleró un movimiento migratorio de vieja data, igualmente impulsó el aumento de entrega de recursos en diferentes modalidades que se originan, básicamente, en la carencia de liquidez y la pobreza de los recursos familiares.

Los notarios consultados en Ayacucho coinciden en afirmar que salvo rarísimas excepciones de compra-venta y registro de títulos, no registran minutas sobre compra-venta o alquiler de tierras, algunas veces es el Juzgado de Paz de cada distrito el que inscribe estos acuerdos entre campesinos, que en la mayoría de ocasiones no llegan a las notarías ni a ninguna otra instancia formal.

El hecho de tratarse de propiedad comunal sin titulación individual podría explicar que la mayoría de contratos escritos, de por sí escasos, sean formalizados ante el presidente de la comunidad. La reconcentración de la propiedad representa un proceso de menor importancia que la ampliación por algunos de sus áreas cultivadas mediante estas formas contractuales. Muchas viudas no tienen otra alternativa que entregar sus parcelas, en cualquiera de estas modalidades, para poder sobrevivir, mientras sus hijos se convierten en «realitos» para sostener precariamente a la familia.

Conocemos el caso de un dirigente comunal amenazado por la Defensa Civil de la comunidad y también por el Ejército, a pesar de su oposición activa a Sendero. Conflictos internos de la comunidad explican la acusación que tiene de prosenderista, razón por la cual ha entregado sus tierras al partir ciñéndose a las normas tradicionales entre campesinos.

Mientras «en la selva casi no se usa el sistema de a medias, allá lo que hay es jornal, son jornaleros», en el valle de Huanta sí ha aumentado el trabajo al partir, siendo el arriendo una forma casi inexistente.

La presión por la tierra no es proporcional al desplazamiento de miles de campesinos. Sólo recientemente, con los inicios de la organización de desplazados, algunos grupos de migrantes al valle presionan para que se les adjudiquen tierras bajas.

La inseguridad, las obligaciones de los Comités de Defensa Civil, las actividades urbanas de muchos dueños de chacras o su permanencia en la selva, han provocado el abandono de buena extensión de tierras de cultivo, las tierras son entregadas al partir a campesinos venidos principalmente de las punas.

Los sistemas tradicionales de «enganche» de peones se van convirtiendo en formas de arriendo y trabajo al partir establecidas claramente. Los dueños de chacras ausentes prefieren entregar al partir que arrendar, como mecanismo de defensa ante el temor de pérdida de la propiedad por acción de tinterillos. Así, las intenciones del agricultor propietario coinciden con la disponibilidad de campesinos desplazados a través de relaciones tradicionales.

Pero no exageremos: el trabajo directo de las chacras y los huertos sigue siendo la forma principal en el valle, pero donde antes se contrataban peones ahora se prefiere entregar al partir. Evidentemente, no disponemos

de ninguna cifra al respecto, pero los testimonios coinciden. Además, la importancia de la producción cocalera en la economía de muchos campesinos huantinos convierte sus propiedades en el valle de Huanta en mera cobertura y facilita la entrega al partir. Los testimonios también coinciden en señalar que sólo la sequía de los últimos años frenó el acelerado aumento del trabajo al partir. En lo que respecta a la compra-venta de propiedades, el mercado es reducido y en propiedades pequeñas. Para los desplazados que trabajan al partir, la acumulación se hace cuesta arriba y les impide adquirir tierras.

Si establecemos una jerarquía en las tendencias ocupacionales de los desplazados, debemos colocar en primer lugar su preferencia por las actividades urbanas (en Huanta, Huamanga, Huancayo o Lima), luego, la ocupación como jornalero, en el valle o en la selva, en tercer lugar, el acceso mediante el trabajo al partir a parcelas del valle de Huanta, y, por último, la ampliación de recursos a través de la compra de tierras.

CONCLUSIÓN

Aún lejos de los márgenes de mercantilización y asalariamiento observables en Cajamarca, la violencia política, sin embargo, aceleró algunos procesos e inauguró otros en la región. Entre los primeros destaca la migración asociada a la urbanización de buena parte del espacio rural, entre los segundos, la institucionalidad rural que tiene como eje la comunidad campesina, pero se incorporan a ella las rondas de defensa y los clubs de madres.

El salario amplió su presencia, básicamente por la influencia urbana y por el mercado de la coca, aunque la sobreoferta de mano de obra reduce el monto del jornal a meros niveles de subsistencia cotidiana, entre los más bajos del país. Más gente está dispuesta a emplearse por un jornal, por lo cual éste tiende a ser muy reducido. Las parcelas sostienen la alimentación de las familias propietarias, pero la entrega de tierras al partir es correlato central de quienes han migrado fuera de sus zonas de origen. De hecho, el actual descenso de la producción cocalera reducirá los ingresos campesinos al contraer la demanda del principal mercado de salario agrícola en la región.